

## “Barro tal vez”

### Acerca del quehacer del analista en el dispositivo penal

Celeste Di Camillo

*“El analista es alguien que se da cuenta de que  
aquello de lo que se trata en el efecto de cualquier cultura,  
en el fondo del fondo del torbellino,  
quiero decir lo que hace causa,  
pues bien, es un despojo”<sup>1</sup>*

Victoria se despierta. Está sentada en una silla en medio de una habitación que desconoce, le duele el cuerpo, no sabe quién es. Se mira las muñecas vendadas. Ve un frasco de pastillas volcado en el suelo. Se levanta, da unos pasos, busca a su alrededor algún indicio de familiaridad. Se mira en un espejo colgado frente a ella. Se ve despeinada, desarreglada. Llama su atención la pantalla del televisor encendido, una señal que en sí no tiene para ella entonces ningún sentido. Sale del cuarto, llama, preguntando si hay alguien en la casa. Sólo algunos objetos indican que alguien habita allí: un vaso en la mesa, unas zapatillas en medio del paso, fotografías. En una, ella junto a un hombre. En otra una niña. Esta la interpela. La toma, la mira y finalmente la guarda en un bolsillo. Sale a la calle, busca alguien que le diga qué pasa. Desde las casas contiguas, por las ventanas, se ven algunas personas, les pide ayuda. Ellos no responden, la miran. Algunos le sacan fotos con sus celulares, otros la filman, se miran entre ellos, sonríen. Cada vez son más, se le acercan por la calle, todos de igual modo. En un momento, de un automóvil baja un hombre encapuchado, pintada en su capucha la misma señal que antes había visto en la pantalla, saca una escopeta y apuntándola comienza a perseguirla. Ella grita, corre, pide ayuda. Nadie responde. Al llegar en su huida a una gasolinera, una joven le indica que se esconda porque si no el encapuchado va a dispararle, como sabiendo de qué se trata. El encapuchado sigue su marcha implacable, ellas se esconden, huyen. Aparecen a su vez

---

<sup>1</sup> Jacques Lacan: “El fenómeno lacaniano” Conferencia dictada en el Centro Universitario Mediterráneo de Niza, 1974

otros personajes que, con la misma siniestra impronta, con objetos de uso cotidiano emplazados como armas, las persiguen apuntándolas. Los “mirones”, así los llaman, siguen los hechos con las cámaras de sus celulares. El rostro de Victoria evidencia terror, suda, tiembla, se agarra la cabeza. La joven que la acompaña parece virar por momentos, entre una actitud confiable y una ajenidad radical con lo que Victoria le demanda. Ella quiere huir, pero también quiere saber qué pasa y quién es; le muestra la fotografía de la niña y le dice creer que es su hija y no saber dónde está. Vuelve a aparecer el encapuchado que, con una actitud gozosa y amenazante se quita la capucha, las doblega, las lleva a un bosque donde la escena que les muestra es del orden de lo intolerable: cuerpos yacientes atados a los árboles. Victoria está aterrada, tiembla, llora, suplica. En un giro de la historia las dos mujeres logran escapar y llegar a donde supuestamente se dirigen: una central satelital llamada “Oso blanco” desde donde esa señal, esa figura incomprensible que Victoria ha visto es transmitida y que al captarla, mediante las cámaras de “los mirones”, la hace localizable para los “asustadores”. Así se lo explica la joven. “Es una locura”, replica ella. Nuevamente vira la historia y el lugar a donde finalmente ingresan, aparentando violar los candados de todas las puertas, termina siendo, primero de modo encubierto pero luego develándose, un escenario teatral, donde ella es ubicada en su centro, atada por las muñecas a la silla en la que se había despertado, abriéndose una especie de telón a una platea sonriente, que filma con sus celulares. La joven y “los asustadores” saludan al público. También lo hace el otrora encapuchado; agradece, sonrío, hace algunos pasos de comedia y, dirigiéndose a Victoria, cambiando el tono, le dice: “llegó la hora de saber quién eres”. Se encienden las pantallas, aparece la señal que ella ha visto repetidamente. Luego fotografías: de ella, “te veías mejor”, le dice el, a esta altura, animador del espectáculo; del hombre que también estaba en las fotografías de la casa, “tu prometido” le dice, “está muerto”; y de la niña que creyó su hija. Por último un video, que al estilo de las noticias relata cómo la pareja secuestró a la pequeña, de cuya búsqueda a nivel nacional se había convertido en símbolo un “oso blanco” de peluche que le pertenecía, hallado en un estacionamiento cerca de su hogar, hasta que la misma terminara al hallar el cuerpo sin vida de la pequeña en un bosque (ese al que Victoria había sido previamente llevada). Un relator en off dice que la pareja fue detenida al encontrar en el celular de Victoria imágenes de la tortura y asesinato de la niña, que ella había filmado todo. Victoria no quiere mirar, llora, dice “eso no es

cierto”. El animador agrega, hablando al público y a ella, que el juez no había creído su versión de haber sido obligada por su prometido a hacerlo, que la había considerado un ser malévolo y venenoso, entusiasta espectadora del sufrimiento de la pequeña, que se regocijó con su angustia y sufrimiento, y que su pena debía ser proporcional. Ella llora. El animador aviva al público que le grita “asesina”. Comienza el camino de regreso a la casa donde todo comenzó. Por el camino es abucheada, le lanzan unas bombitas con un líquido rojizo que simula sangre, que son vendidas allí mismo por dos euros. El animador agradece al público la presencia y les recuerda que también ellos tienen una función en este espectáculo. A Victoria la conectan a un dispositivo tecnológico que le hará olvidar todo lo vivido hoy. Se restaurarán los objetos dañados, se reinstalarán los distintos escenarios necesarios para la ejecución de la pena al otro día, se reabrirá el “Parque de justicia Oso Blanco” como cada día, “los mirones” pagarán su boleto de ingreso y recibirán sus instrucciones: “No hablen, filmen, y lo más importante, disfruten”. Los demás personajes y “los asustadores” tomarán sus posiciones, todo comenzará otra vez. Victoria se despierta. Está sentada en una silla en medio de una habitación que desconoce, le duele el cuerpo, no sabe quién es.

El relato pertenece al episodio titulado “Oso Blanco” de la serie “Black Mirror”, creada y dirigida por el escritor y humorista inglés Charlie Brooker. “Black Mirror”, espejo negro, pantalla espejo, pantalla espejo negro, pantalla espejo negro roto. Juega con eso por mostrar no velada sino descarnadamente, a través de sus disruptivas historias, los claroscuros de una época, según los dichos de su autor, pero sobre todo, podemos agregar, los bordes a los cuales puede abismarse, no sólo el desarrollo tecnológico, como si dependiera este de hilos abstractos con los que nada tuviéramos que ver, sino, y por ello mismo, de la condición humana misma. Utiliza un tono futurista y de ciencia ficción, apelando a supuestas conquistas tecnológicas futuras, para interpelarnos por nuestra propia condición humana. “Black Mirror nos incomoda”, dice su autor, “por sacarnos de nuestro lado letárgico de negación”.

Al ver por primera vez el episodio que relato, se me ocurría la pregunta acerca de qué diferenciaría este estilo penal (porque de eso se trataría, de “proporcionar” una pena) y otros estilos penales que conocemos y podemos situar en distintos territorios y épocas.

En su libro “Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión”, Michel Foucault describe pormenorizadamente los llamados suplicios sobre los cuerpos de aquellos que habían sido condenados por cometer un crimen. Allí Foucault habla de un estilo penal determinado, lo sitúa en la Europa post medieval, donde con fines de disciplinamiento, se ofrecía en espectáculo, a un público muchas veces enardecido, el suplicio del condenado. Es decir, se ejecuta una pena sobre un criminal, pero no por su operatividad se ahorra a quienes a ello asisten, de la posibilidad de ante tal espectáculo, obtener un goce. Como Victoria en las escenas de Black Mirror, el supliciado se hace objeto de todo tipo de prácticas crueles, por parte de quien ejecuta la condena, llamado allí el verdugo, pero también por parte de una generalidad de asistentes que tiene a su vez permitido propinar golpes, abuchear, burlarse, injuriar.

Entonces, y más allá de las delimitaciones existentes y comúnmente tajantes de la moral dominante, qué nos haría pensar que serían de tan distinta estofa quienes se hallan de uno u otro lado de la línea divisoria del bien y del mal (“No hablen, filmen y, lo más importante, disfruten”), tornándose también difusos, y a esta lectura, los límites entre ficción y realidad, entre pasado, presente y futuro.

Sabemos que la cultura se funda sobre la instauración de una ley que delimite un goce de por sí imposible como prohibido. Instancia mítica pero fundante a la cual debemos apelar para dar cuenta de la constitución del sujeto. En palabras de Daniel Gerber en su libro “El psicoanálisis en el malestar en la cultura”: “Ficción indispensable para la creación y mantenimiento de todo lazo social”<sup>2</sup>. Ahora bien, sabemos también que la convivencia con la ley nunca es pacífica, ya sea por la tentación de transgredirla bajo la promesa de acceso a ese goce de por sí perdido, ya sea por su rechazo, ya sea por su renegación.

No obstante ello, la pregunta que ordena este trabajo tiene que ver no con el sujeto criminal, en conflicto con la ley penal, que por ello termina siendo objeto de los dispositivos de justicia y de ejecución penal, sino por estos mismos, en nuestra época y desde el psicoanálisis. Qué pueden los psicoanalistas decir al respecto o más bien, qué de su quehacer allí?

---

<sup>2</sup> Daniel Gerber: “*El psicoanálisis en el malestar en la cultura*”, Ed. Lazos, Bs. As., 2006. Pág. 9

En la conferencia dictada en Milán el 12 de mayo de 1972, Lacan intenta dar cuenta del clivaje, así lo llama, entre el discurso analítico y los otros discursos, particularmente del que sitúa como su reverso, el discurso del amo, presentando a su vez allí la escritura de una transformación respecto de este, que devendrá la escritura con que intentará dar cuenta del lazo social de la época que habita, el discurso capitalista.

La escritura de este devendrá entonces a partir de una doble transformación respecto del discurso del amo, de bastas consecuencias. El lado izquierdo de la fórmula sufre una inversión entre S1 y \$, que intercambian sus lugares, pasando el \$ al lugar del agente y S1 al lugar de la verdad. Cambia a su vez el sentido del vector entre ambos términos. Se desarticula la cadena \$, S1, S2, a, se trastoca la secuencia de sus términos. Como consecuencia, S2 ya no está regulado por S1, apareciendo un saber no determinado por ningún orden, sin límites, y S1 a su vez no recibirá su determinación del lugar de la verdad del \$. Rechazo de la castración y establecimiento de una circularidad sin impasse que permita el giro a otro discurso, deviniendo así este totalizador.

En una de las conferencias dictadas en Sainte-Anne que tituló “El saber del psicoanalista”, puntualmente en la del 6 de enero de 1972, Lacan lo dirá del siguiente modo: “Lo que distingue al discurso del capitalismo es la *Verwerfung*, el rechazo hacia afuera de todos los campos de lo simbólico, con las consecuencias que ya dije. ¿El rechazo de qué? De la castración. Todo orden, todo discurso, que se emparente con el capitalismo deja de lado, amigos míos, lo que llamaremos simplemente las cosas del amor. Ya ven, ¡eh! No es poca cosa.”<sup>3</sup>

Lo que proliferará, este saber sin límites, no será el saber del inconciente sino el saber de la ciencia y la tecnología, que avanza sin límites hacia la producción de objetos de consumo, objetos que en su imperativo y desmesurado empuje al goce, desconocerán el deseo y su causa.

Qué ofrece entonces el capitalismo? “Maquinitas” dirá Lacan, en otra conferencia, la dictada en Niza el 30 de noviembre de 1974. “Lo que tienen de particular” dirá, “es que llevan la marca del ser que las fabrica. No hay nada que vaya a parar tan rápido al desecho como estas maquinitas. La televisión, el automóvil, los aparatos, todos saben a donde van a

---

<sup>3</sup> Jacques Lacan: “*El saber del psicoanalista*” Conferencias en Sainte-Anne, París, 6 de enero de 1972

parar. Terminan en un vertedero donde los desguazan. Es del todo comparable al destino de un ser humano.”<sup>4</sup>

El discurso del capitalista no es tonto, no obstante. En palabras de Lacan, “es locamente astuto”<sup>5</sup> por hacer de cualquier objeto una mercancía posible de ser ofrecida al goce siempre en falso del sujeto. Por eso mismo está destinado a estallar, es insostenible. Marcha sobre ruedas, dice Lacan, no puede marchar mejor, se consume, pero se consume tan bien y tan rápido que se consume. El sujeto, devenido consumidor, se consume, deviene de estos imperativos de goce objeto, desconociendo su propia falta como causa de deseo.

Cabe aquí la pregunta, entonces: se trata del capitalismo de un discurso, de un modo de lazo social, entendido como una estructura mínima necesaria para que haya sujeto conforme a la función de la palabra y el campo del lenguaje, tal y como podemos pensar a los discursos? Se trata como estos de una barrera al goce o más bien de un empuje enloquecido y ensimismado al mismo? Y así, sólo “maquinitas” destinadas a la basura ofrece al consumo desmesurado? O en su proliferación ilimitada, llevado el capitalismo a sus, tan conocidos en nuestras latitudes y en nuestro tiempo, extremos salvajes de neoliberalismo, ofrece a su vez al sujeto devenido objeto otras “tentaciones” de reavivar su goce? Goce del que a su vez no podemos desconocer su vertiente mortífera por no amarrar a la castración y el amor.

En un escrito titulado “La reinención del otro en la era de la posverdad”, Ernesto Vetere describe la proliferación en la actualidad (aunque pueden también rastrearse en los prolegómenos y “argumentos” de las mayores tragedias sociales y humanas de la historia, en lo real de la historia), de relatos donde se promueve, no sólo el rechazo de la castración y las cuestiones del amor, sino también el odio hacia lo diferente. Un odio no ligado meebianamente al amor, al cual rechaza, no aguereado por la falta, sino en tajante ruptura con eros, desanudado, demoniaco y... demonizador, que ataca al otro, pero no a un otro cualquiera sino a aquel que porta la diferencia, en su intención, puede pensarse, no sólo de destruirlo sino de destruir con él la diferencia misma. Para ello es necesario, en palabras del

---

<sup>4</sup> Jacques Lacan: “*El fenómeno lacaniano*” Conferencia dictada en el Centro Universitario Mediterráneo de Niza. 1974

<sup>5</sup> Jacques Lacan: “*Del discurso psicoanalítico*” Conferencia dictada en la Universidad de Milán, 1972

autor, que a este otro se lo reinvente. Con un llamativo ensañamiento en su supuesto goce, desconociendo el propio, se lo acusa, se lo ensucia. Como se dice popularmente, “se lo embarra”. Se lo denigra, con lo que sabemos por Freud de los vínculos entre la degradación al otro y la economía libidinal.

Siguiendo con estos desarrollos, a lo largo de la historia han sido los judíos, los palestinos, los musulmanes, los migrantes, los inmigrantes, también podemos agregar los locos, los pobres, los marginales, “los que vienen a quedarse con lo nuestro”, “los que se lo robaron todo”, “los que se lo llevaron”, pueden ser los policías, por supuesto los criminales... en fin, cualquier otro del que pueda ser señalada la diferencia respecto de un uno masificante, creando así un otro “tajantemente” diferente y un otro ilusoriamente semejante con el cual identificarse en el señalamiento de esa diferencia positivizada en un supuesto goce del otro que termina no siendo tan distinto del propio, negado.

A escala local y global, puede pensarse, ya no se trata, cito el trabajo mencionado: “sólo del goce autista en el que se recluye el sujeto para “disfrutar” en soledad de su objeto de consumo; las derechas neoliberales exigen otro goce, el del odio, donde el objeto gozado termina siendo el prójimo.”<sup>6</sup>

Volviendo a la pregunta que orienta este trabajo, al posible recorrido por los distintos dispositivos penales, teniendo en cuenta las particularidades de nuestra época y de nuestra región, pero sobre todo atendiendo al quehacer del analista que realiza su práctica en ellos, qué podemos decir? Qué podemos decir acerca de la estofa humana que atraviesa sujetos y prácticas? Qué decir de esas prácticas donde el sujeto es tomado por objeto de prácticas crueles y tortuosas, donde el convite que se abre al goce se vuelve generalizado? El del espectador en los suplicios o el de aquel que, sentado frente a la televisión de su casa mirando las noticias (donde el horror y “la muerte en vivo” son moneda corriente, limando incluso toda capacidad de asombro o de crítica por los contenidos inoculados) y señalando con el dedo proclama el encierro, el castigo y hasta la muerte del otro? De qué tan distinta estofa sería respecto de aquel al que señala?

En “Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología”, Lacan dice que sus desarrollos no constituirán un aporte al estudio de la delincuencia sino para fijar los

---

<sup>6</sup> Ernesto Vetere: “*La reinención del otro en la era de la postverdad*”

límites legítimos de nuestra doctrina y repensarla en función del objeto en cuestión. En este punto, pienso que puede entenderse que con objeto Lacan no se está refiriendo al sujeto criminal, o delincuente, como aquí le llama, sino a la criminología.

Se alinearé el psicoanalista con el desarrollo del saber científico, totalizador, funcional a la administración capitalista de los goces, a aquello que lo ubicaría como, a decir de Foucault, un pululante funcionario de la ortopedia moral, un consejero en castigo, un facilitador que entrega en suplemento a la justicia el alma de los condenados? O, a sabiendas, como decía Lacan, de que aquello de que se trata en el fondo del fondo del torbellino, de que aquello que “hace causa”, tiene que ver con una falta imposible de conmensurar, imposible de colmar y por lo tanto imposible de saldar... podrá disponerse a acompañar al sujeto, aun en la hostilidad del dispositivo penal, a quizás reencontrar en su decir la orientación de su verdad subjetiva?

Como dice Lacan en el recién mencionado escrito, la punición es situada por la ley, en el orden del lazo social, como “el precio del crimen”<sup>7</sup>. Ello requiere de un asentimiento por parte del sujeto que, lejos de hacer retornar la misma como castigo, le posibilite subjetivar su propia falta, arrojando, quizás, efectos de verdad que le permitan anudar su acto en la estructura de otro modo, tal vez, posibilitando la inscripción de una diferencia.

No porque se halle hecho de otra estofa, de otra materia, de otros aires, es que el analista podrá prestarse a ocupar un lugar que habilite al sujeto a tomar la palabra sobre su acto criminal, sino, tal vez y justamente, por hallarse él también “em-barrado” y habitado por un deseo... enigmático... es que le será posible ahuecar su condición a la escucha y “la causa” de un sujeto que se halla en conflictividad sufriente con la ley penal.

Para finalizar, tomo la tetra de una canción, la que da título a este trabajo, del popular y querido músico de nuestro país Luis Alberto Spinetta, que por su estilo poético y despojado, ha acompañado estos desarrollos acariciando, para mí, justamente, aquello que del quehacer del analista halla lugar y cobijo en la falta: “Barro tal vez”

Si quiero me toco el alma,

---

(1) <sup>7</sup> Jacques Lacan: “*Introducción Teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología*”, en Escritos 1, Siglo XXI Editores, 1971. Pág. 118

Pues mi carne ya no es nada.  
He de fusionar mi resto con el despertar,  
Aunque se pudra mi boca por callar.  
Ya lo estoy queriendo,  
Ya me estoy volviendo canción,  
Barro tal vez.  
Y es que esta es mi corteza donde el hacha golpeará,  
Donde el río secará para callar.  
Ya me apuran los momentos,  
Ya mi sien es un lamento,  
Mi cerebro escupe ya el final del historial,  
Del comienzo que tal vez reemprenderá...  
  
Agregando, sólo... quizás de otro modo... tal vez.

---